

LA PRINCESA DE ROSAY

LAS HIJAS DEL PANADERO

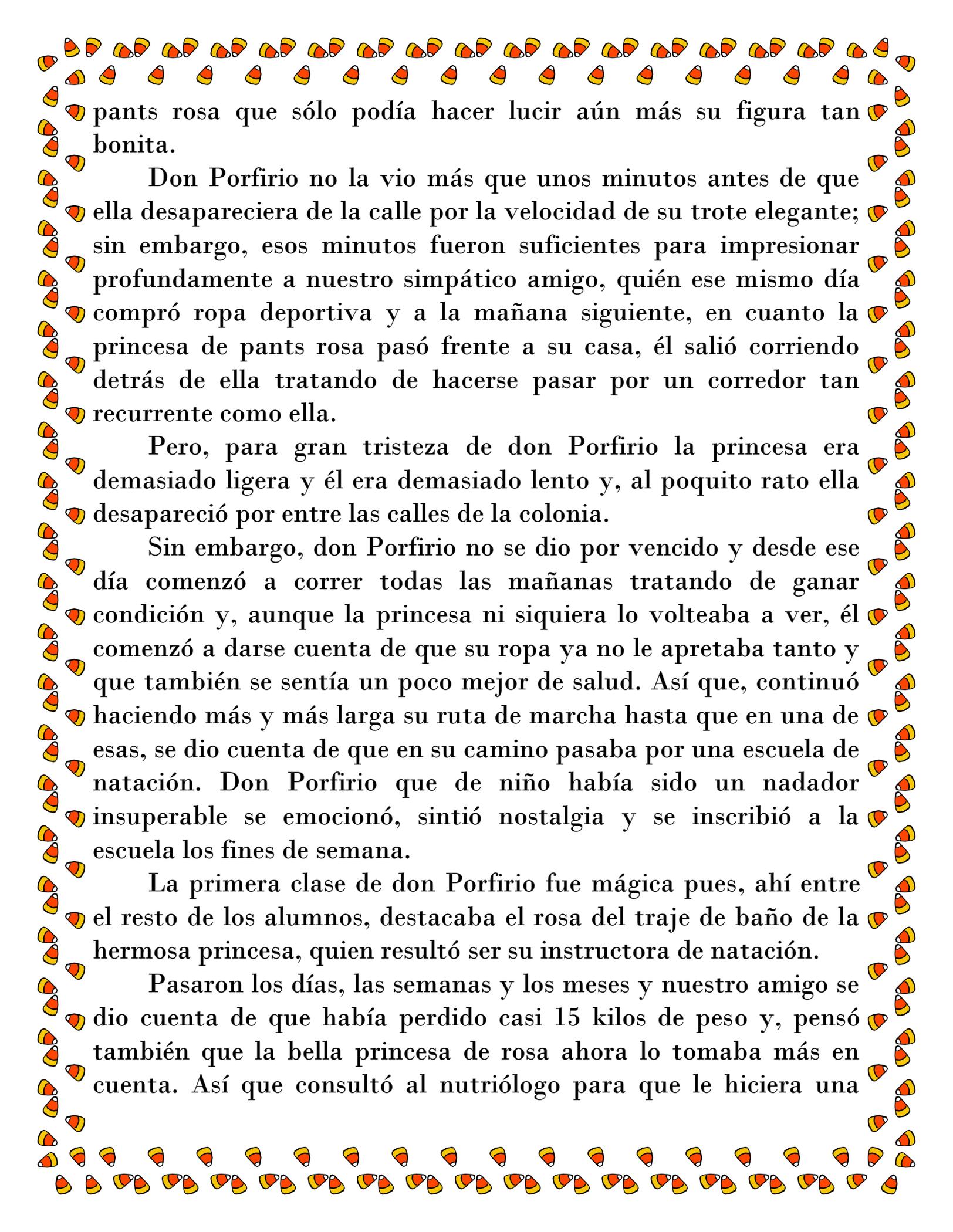
Sandra López Anaya

Érase una vez, hace mucho tiempo en un lugar muy, muy lejano... No, esperen, no está tan lejos si utilizas el metro.

En fin, erase una vez un señor llamado don Porfirio, pero, la gente casi nunca se acordaba por su nombre y prefería llamarlo por apodos como “el gordo”, “la bola de grasa” o “la reencarnación de Dumbo”; y es que la verdad don Porfirio pues sí, honestamente estaba algo pasadito de peso. ¿Y cómo no? El señor era tan de buen comer que parecía mago delante de la mesa al hacer qué, tan sólo en el desayuno, desaparecieran 3 tortas, 2 piezas de pan, 4 vasos de leche, 1 taza de café y 2 platos de cereal (y eso que esa era la comida más ligera de las 4 que tomaba por día). Pero el punto es, que a don Porfirio esas burlas y comentarios sobre su persona lo hacían sentir sumamente mal.

Pero un día finalmente encontró la solución a su problema en un anuncio de compras por televisión: el súper asombroso y casi, casi milagroso aparato de ¡Abdominales sin esfuerzo!... y esta increíble máquina con sólo instalarse y jalar una palanca hacía todo el esfuerzo por la persona permitiéndole moldear su cuerpo sin necesidad de hacer mayores esfuerzos. Sobra decir que la maquinita esa le costó a don Porfirio un ojo de la cara, la tuvo que esperar mucho tiempo y, lo peor de todo, a la hora de la hora sólo le sirvió sino para estorbar en su casa.

Muy desilusionado y molesto, don Porfirio se sentó a un lado de la ventana y comenzó a llorar en silencio. De pronto, al alzar la vista una visión hermosa lo atrapó. Era una muchacha tan hermosa que bien podía pasar por una princesa y llevaba un



pants rosa que sólo podía hacer lucir aún más su figura tan bonita.

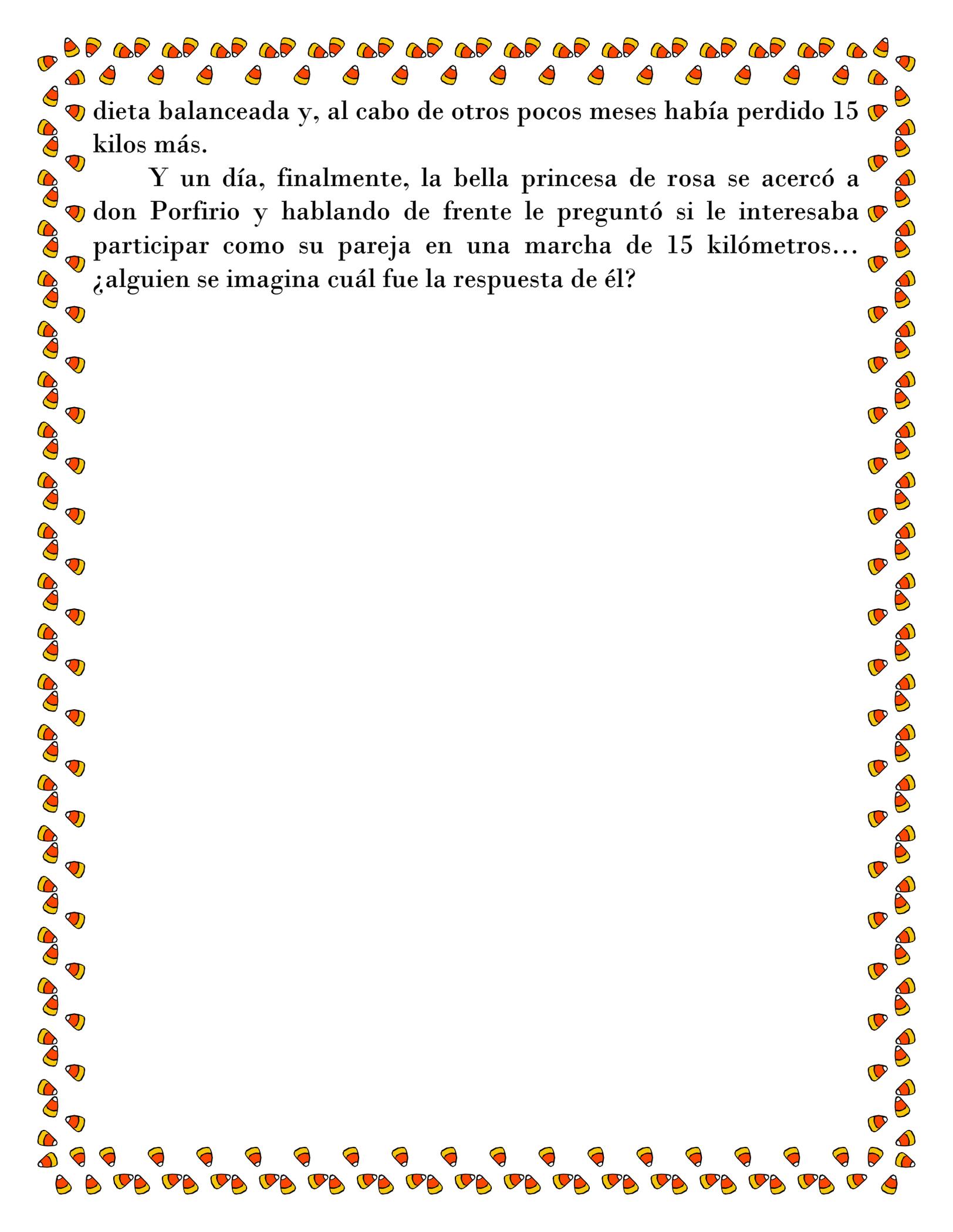
Don Porfirio no la vio más que unos minutos antes de que ella desapareciera de la calle por la velocidad de su trote elegante; sin embargo, esos minutos fueron suficientes para impresionar profundamente a nuestro simpático amigo, quién ese mismo día compró ropa deportiva y a la mañana siguiente, en cuanto la princesa de pants rosa pasó frente a su casa, él salió corriendo detrás de ella tratando de hacerse pasar por un corredor tan recurrente como ella.

Pero, para gran tristeza de don Porfirio la princesa era demasiado ligera y él era demasiado lento y, al poquito rato ella desapareció por entre las calles de la colonia.

Sin embargo, don Porfirio no se dio por vencido y desde ese día comenzó a correr todas las mañanas tratando de ganar condición y, aunque la princesa ni siquiera lo volteaba a ver, él comenzó a darse cuenta de que su ropa ya no le apretaba tanto y que también se sentía un poco mejor de salud. Así que, continuó haciendo más y más larga su ruta de marcha hasta que en una de esas, se dio cuenta de que en su camino pasaba por una escuela de natación. Don Porfirio que de niño había sido un nadador insuperable se emocionó, sintió nostalgia y se inscribió a la escuela los fines de semana.

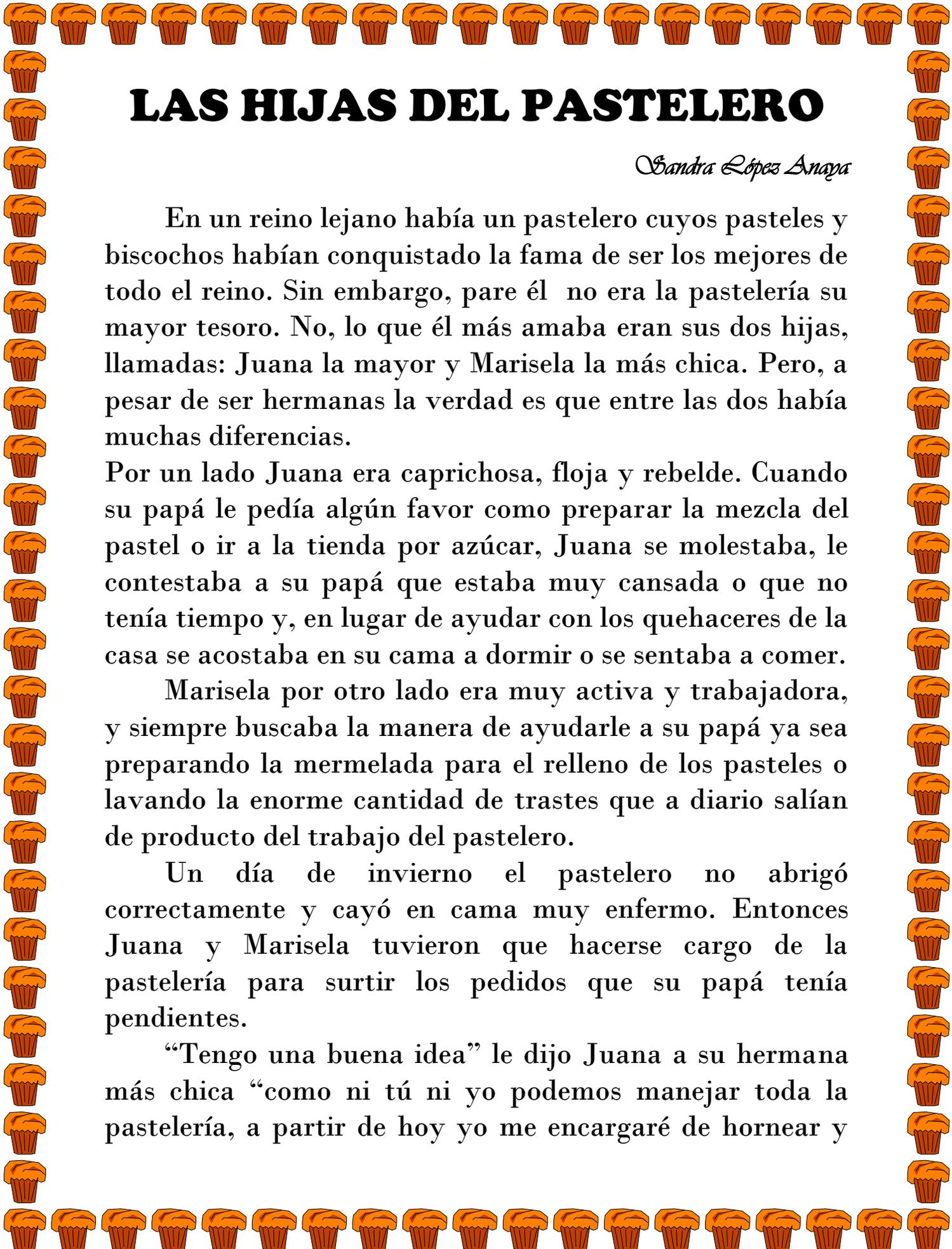
La primera clase de don Porfirio fue mágica pues, ahí entre el resto de los alumnos, destacaba el rosa del traje de baño de la hermosa princesa, quien resultó ser su instructora de natación.

Pasaron los días, las semanas y los meses y nuestro amigo se dio cuenta de que había perdido casi 15 kilos de peso y, pensó también que la bella princesa de rosa ahora lo tomaba más en cuenta. Así que consultó al nutriólogo para que le hiciera una



dieta balanceada y, al cabo de otros pocos meses había perdido 15 kilos más.

Y un día, finalmente, la bella princesa de rosa se acercó a don Porfirio y hablando de frente le preguntó si le interesaba participar como su pareja en una marcha de 15 kilómetros... ¿alguien se imagina cuál fue la respuesta de él?



LAS HIJAS DEL PASTELERO

Sandra López Anaya

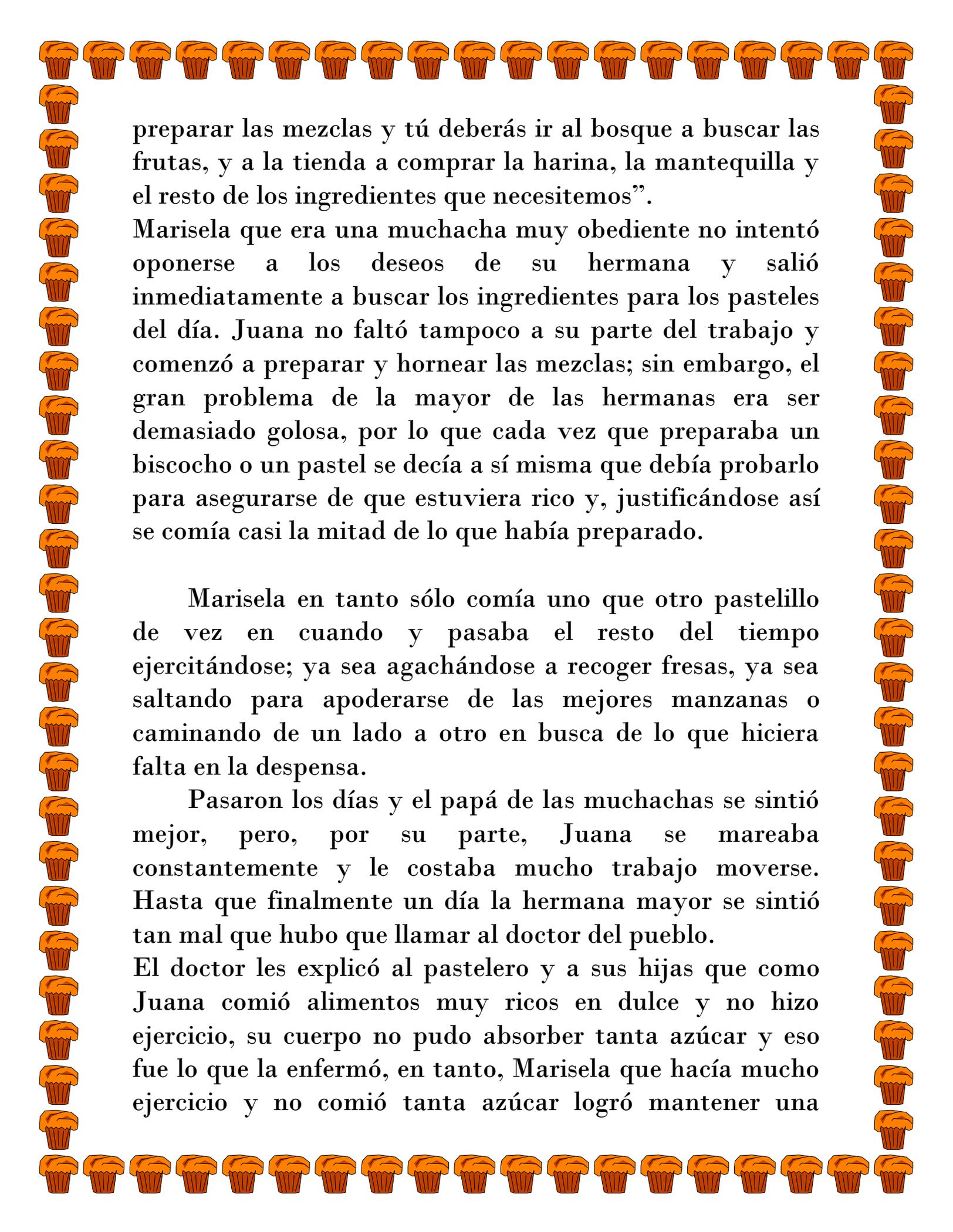
En un reino lejano había un pastelero cuyos pasteles y biscochos habían conquistado la fama de ser los mejores de todo el reino. Sin embargo, para él no era la pastelería su mayor tesoro. No, lo que él más amaba eran sus dos hijas, llamadas: Juana la mayor y Marisela la más chica. Pero, a pesar de ser hermanas la verdad es que entre las dos había muchas diferencias.

Por un lado Juana era caprichosa, floja y rebelde. Cuando su papá le pedía algún favor como preparar la mezcla del pastel o ir a la tienda por azúcar, Juana se molestaba, le contestaba a su papá que estaba muy cansada o que no tenía tiempo y, en lugar de ayudar con los quehaceres de la casa se acostaba en su cama a dormir o se sentaba a comer.

Marisela por otro lado era muy activa y trabajadora, y siempre buscaba la manera de ayudarlo a su papá ya sea preparando la mermelada para el relleno de los pasteles o lavando la enorme cantidad de trastes que a diario salían de producto del trabajo del pastelero.

Un día de invierno el pastelero no abrigó correctamente y cayó en cama muy enfermo. Entonces Juana y Marisela tuvieron que hacerse cargo de la pastelería para surtir los pedidos que su papá tenía pendientes.

“Tengo una buena idea” le dijo Juana a su hermana más chica “como ni tú ni yo podemos manejar toda la pastelería, a partir de hoy yo me encargaré de hornear y



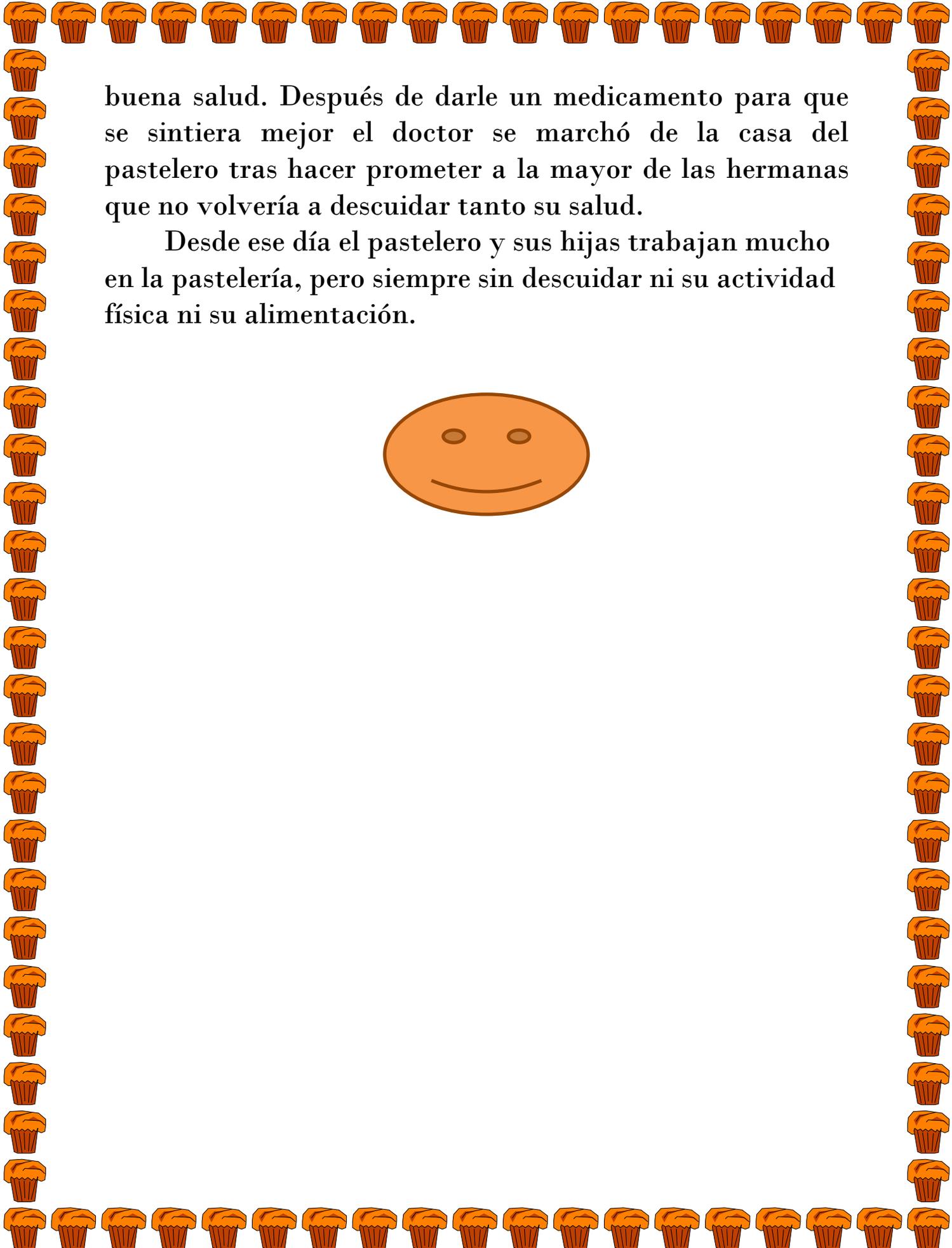
preparar las mezclas y tú deberás ir al bosque a buscar las frutas, y a la tienda a comprar la harina, la mantequilla y el resto de los ingredientes que necesitemos”.

Marisela que era una muchacha muy obediente no intentó oponerse a los deseos de su hermana y salió inmediatamente a buscar los ingredientes para los pasteles del día. Juana no faltó tampoco a su parte del trabajo y comenzó a preparar y hornear las mezclas; sin embargo, el gran problema de la mayor de las hermanas era ser demasiado golosa, por lo que cada vez que preparaba un biscocho o un pastel se decía a sí misma que debía probarlo para asegurarse de que estuviera rico y, justificándose así se comía casi la mitad de lo que había preparado.

Marisela en tanto sólo comía uno que otro pastelillo de vez en cuando y pasaba el resto del tiempo ejercitándose; ya sea agachándose a recoger fresas, ya sea saltando para apoderarse de las mejores manzanas o caminando de un lado a otro en busca de lo que hiciera falta en la despensa.

Pasaron los días y el papá de las muchachas se sintió mejor, pero, por su parte, Juana se mareaba constantemente y le costaba mucho trabajo moverse. Hasta que finalmente un día la hermana mayor se sintió tan mal que hubo que llamar al doctor del pueblo.

El doctor les explicó al pastelero y a sus hijas que como Juana comió alimentos muy ricos en dulce y no hizo ejercicio, su cuerpo no pudo absorber tanta azúcar y eso fue lo que la enfermó, en tanto, Marisela que hacía mucho ejercicio y no comió tanta azúcar logró mantener una



buena salud. Después de darle un medicamento para que se sintiera mejor el doctor se marchó de la casa del pastelero tras hacer prometer a la mayor de las hermanas que no volvería a descuidar tanto su salud.

Desde ese día el pastelero y sus hijas trabajan mucho en la pastelería, pero siempre sin descuidar ni su actividad física ni su alimentación.

